

Jules Michelet

Mujeres de la Revolución



Jules Michelet (1798 - 1874), padre de la Historia francesa, era políticamente, y lo demuestra en este libro, un republicano apasionado. Su obra fundamental es la monumental «Historia de Francia», así como la «Historia de la Revolución francesa». Catedrático de Historia del Colegio de Francia, también se ocupó de temas relacionados con la historia natural y la antropología. *La Biblia de la humanidad*, *El Pájaro* y *La Bruja* son buena muestra de esta tendencia, donde el dato histórico se mezcla con lo literario.

En «Mujeres de la Revolución», (1854) recrea los personajes femeninos que de una u otra forma intervinieron en el periodo revolucionario 1789-1794. El arrojado de madame Legrós, que convirtió en obsesión vital la liberación de Lantide, el prisionero más antiguo de la Bastilla; la valentía de las mujeres que con su actitud el 6 de octubre obligaron a Luis XVI a abandonar Versalles para dirigirse a París; las mujeres de tribuna y espada como Théroigne de Méricourt, y Olympe de Gouges, autora de la Declaración de los Derechos de la mujer y la ciudadana; escritoras y activistas como madame Roland, autora de unas interesantes Memorias; madame de Staël, cuyo salón gozó de gran influencia. Y junto a estas, las realistas, vendeanas, contrarrevolucionarias, entre cuyas filas había religiosas que abandonaban el cenobio para combatir la revolución.

Constituye este estudio un verdadero homenaje a la faceta femenina de la revolución, no sólo por la intervención directa de las mujeres en los acontecimientos, sino también por su influencia como compañeras de los más significados personajes de la misma, en una época en la que domina el Terror, y acecha diariamente la acusación y su consecuencia: la guillotina.



Charlotte Corday

I

*A las mujeres, a las madres, a las hijas.
(1 de marzo de 1854)*

Este libro aparece el día en que los libros se cierran, en que los acontecimientos toman la palabra, en que una vez más comienza la guerra europea, interrumpida cuarenta años.

¿Cómo leer, cuando veis partir a vuestros hijos, a vuestros hermanos? O más cerca aún, en las líneas a las que vuestro esposo se incorporará mañana. Vuestro espíritu está atento a las noticias, vuestro oído al cañón lejano; inquietas, escucháis su primer disparo, solemne y profundo, que retumba en la gran guerra religiosa del Oriente y el Occidente.

Una gran guerra, que verdaderamente no será limitada. Por el lugar, por la época y por el carácter, irá en aumento. ¡Es la guerra de los dos dogmas, de los dos símbolos, de las dos fes!; la nuestra es la del pasado. Ese carácter definitivo, aún incipiente y oscuro, en los balbuceos de la política, se irá revelando poco a poco.

Sí; cualquiera que sean las formas equívocas y bastardas, vacilantes, en las que se produzca esta nueva y terrible convulsión, cuyo nombre suena a la muerte de tantos cientos de miles de hombres; la guerra, es la guerra del cristianismo bárbaro del Oriente contra la joven fe social del occidente civilizado. El propio enemigo se ha encargado de decirlo sin rodeos, desde el Kremlin. Y la nueva lucha reviste el aspecto siniestro de Moloch defendiendo a un nuevo Jesús.

En el momento de aportar nuestra entera existencia, nuestras fortunas y nuestras vidas a esta gran circunstancia, la más grave que hubo nunca, cada cual debe apretarse el cinturón, hacer acopio de fuerza, mirar en su alma, en su casa, de si está seguro de encontrar en ella la unidad necesaria para la victoria.

¿Qué sería una guerra exterior, si el hombre la tuviera todavía en su interior, en su casa, una sorda y turbadora guerra de lágrimas o mudos suspiros, de dolorosos silencios? ¿O si la fe del pasado, asentada en su hogar, envolviéndolo de resistencias, de tiernos llantos que acarician, que quiebran el corazón, le sujetaran el brazo izquierdo, cuando lo necesita para golpear con las dos manos...?

“¡Dime, pues, amada mía!, puesto que estamos aún sentados en esta mesa de familia en la que no estaré siempre, dime, antes de que este salvaje duelo me lleve a Dios sabe dónde, ¿estará tu corazón junto al mío?

Tú te sorprendes y juras llorando... No jures, te creo. Pero yo sé de la discordia interior. ¿Qué harás cuando mañana se extreme la lucha de hoy? ¿Cuándo en esta mesa en la que nos encontramos hoy, te veas sola? Debes fortificar y elevar tu corazón. Pon delante de tus ojos la historia heroica de nuestras madres, lee lo que ellas desearon y realizaron, sus desvelos supremos, su gloriosa fe en el 89, que en una profunda unión fue capaz de levantar el altar del porvenir.

Época afortunada de actos fuertes, de grandes sufrimientos, pero asociados a la unión en la lucha, de comunión en la muerte... época en la que los corazones latieron en tal unidad de ideas, que el amor no se distinguía de la patria.

La lucha de hoy es mayor porque engloba a todas las naciones, más profunda, porque mañana alcanzará la fibra moral más íntima. ¿Qué harás por mí ese día? Busca en la historia de nuestras madres, en tu corazón, en tu fe nueva, para que aquel al que amas pueda combatir, vivir y morir.

¡Que sea firme en mí, y que Dios disponga el resto! Su causa está conmigo... La fortuna estará también y la felicidad, pase lo que pase, si tú, lo que más amo, me sigues siendo fiel, y si unida a mi esfuerzo, en un solo corazón, atraviesas heroica esta crisis suprema de la que va a surgir un nuevo mundo”.

II

*Influencia de las mujeres en el siglo XVI-**II.**Maternidad.*

Todo el mundo ha notado la extraordinaria fecundidad de los años 1768, 1769 y 1770, tan pródigos en jóvenes de genio; años que produjeron los Bonaparte, los Furrier, los Saint-Simon, los Chateaubriand, los Maistre, los Walter Scott, los Cuvier, los Geoffroy, los Saint-Hillaire, los Bichat, los Ampère, y un número inverosímil de descubridores de secretos y progresos científicos. En una época anterior, en la década de 1760 la fecundidad no es menos sorprendente; la época en que nació la heroica generación que derramara su sangre sobre el primer surco de la libertad, extendiéndola y consolidándola con tan noble riego en el suelo de la patria. La Gironde y la Montagne, los Roland y los Robespierre, los Vergniaud, los Danton y los Desmou-lins son de este tiempo, y todos forman la pura, la heroica, la sacrificada generación que creó las armas invencibles de la República, de los Kléber y tantas otras.

No; el origen natural y sencillo de este fenómeno es el saber exuberante que brotó y se desbordó en aquellos momentos.

La primera fecha, 1760, es, por así decirlo, el alba en la que aparece Rousseau, el comienzo de su influencia, el primero y más poderoso efecto del libro titulado *El Emilio*, la viva emoción de las madres que quieren amamantar y se pegan a la cuna de sus hijos.

La segunda fecha es la victoria de las ideas del siglo, no sólo por el universal conocimiento de Rousseau, sino por el triunfo previsto de sus principios en las leyes; por las grandes polémicas de Voltaire y las defensas sublimes de Sirven, Calas, y la Barre^[1]. Las mujeres se concentraron en silencio bajo estas poderosas pasiones y aseguraron la salvación del porvenir. Todos los niños de tal momento llevan el signo en la frente.

Poderosas generaciones, salidas de los elevados pensamientos de un amor engrandecido hasta lo sublime, inspiradas por la llama del cielo, nacidas en un instante solemne, muy breve quizá, pero en el cual la mujer, a través de la pasión, adivinó, adoró una idea.

El principio fue bello. Ellas infiltraron el nuevo pensamiento valiéndose de la educación, por las esperanzas, por los deseos de toda maternidad, por todos los medios que el hijo suscita en el corazón de la mujer desde su nacimiento: "¡Oh, que este niño sea feliz, bueno, grande y libre! Santa libertad antigua que formaste héroes, ¿podrá vivir mi hijo bajo tu sombra?".

He ahí los pensamientos de las mujeres, y por qué en los paseos, en los jardines, donde quiera que el niño se halla en presencia de su madre o de su hermana, la veis leyendo y como soñando. ¿Qué libro guarda la joven en el pecho? ¿Es una novela? ¿*La Eloísa*? No; las *Vidas Paralelas* de Plutarco, o el *Contrato Social*.

El lujo de los salones y el atractivo de la conversación fueron entonces, como hemos manifestado, secundarios en la influencia de las mujeres. Tuvieron esos medios en el siglo de Luís XIV. El primero del siglo XVIII, el que las hizo invencibles, fue el amor entusiasta, el delirio por las grandes ideas, y el deseo de ser madres en toda la extensión y la gravedad de la palabra.

Las espirituales comadrerías de madame Geofrín, los monólogos elocuentes de madame de Stäel, el encanto de la sociedad de Anteuil, de madame Helvetius o de ma-

dame Recamier, no habrían cambiado el mundo ni aun con el apoyo de la incansable pluma de madame Genlis.

Las causas que en medio del siglo transformaron su situación y produjeron la fe en estos primeros albores en el corazón de las mujeres, en el seno de las madres, se concentran en estos dos rasgos brillantes: humanidad y maternidad.

Y de estos dos brillantísimos rasgos, no nos admiremos, brotó la inmensa llama de amor, una pasión fecunda, una sobrehumana maternidad.

III

*Heroísmo de piedad.
Una mujer destruyó la Bastilla.*

La primera aparición de las mujeres en la senda del heroísmo, parte del círculo de la familia, tuvo ocasión con un rasgo de piedad: así debía esperarse.

Esto se ha visto en todos los tiempos, pero lo que hay de verdaderamente grande en este siglo de humanidad, lo que hay de nuevo y extraño, es la maravillosa persistencia en una obra infinitamente arriesgada, difícil e improbable, el intrépido sentimiento que domó el peligro, se sobrepuso a todo obstáculo y dominó el tiempo.

Y todo esto por un ser que acaso en otra época no habría interesado a nadie y hubiera seguido siendo desgraciado. No existe leyenda más trágica que la del prisionero Latude, ni más sublime que la su libertadora, madame Legrós^[2].

No narraremos la historia de la Bastilla ni la de Latude, tan extendida. Baste decir que mientras todas las prisiones fueron dulcificándose, sólo la de nuestro héroe era más cruel y más porfiada. Cada año se aumentaba esa crueldad, se cerraban más ventanas de su cautiverio y se añadían más cadenas al preso.

En Latude se había ensañado la antigua y estúpida tiranía para ser denunciada en su monstruosidad por el hombre más a propósito para ello, por un hombre ardiente y terrible a quien nada amedrentaba, ante cuya voz caían los muros, y cuya audacia y espíritu eran indomables... Cuerpo indestructible de hierro que debía padecer todo

género de prisiones, ya la Bastilla, ya Vincennes, ya Charenton^[3], ya, en suma, el horror de Bicetre, donde otro que no hubiera sido Latude habría sucumbido.

Y a pesar de este castigo rudo, grosero, enconado, sangriento y sin apelación, ese hombre, libre dos veces, se entrega otras tantas por sí mismo a sus perseguidores.

En una ocasión escribe a madame Pompadour, y ésta le hace prender; se encamina otra ocasión a Versalles, pretende hablar con el rey, llega hasta su antecámara, y en ella se le arresta... He aquí como queda probado que el lugar donde está el rey no siempre es inviolable...

Me veo obligado a decir aquí, bien a mi pesar, que en aquella sociedad llena de corrupción, flaca, caduca, hubo almas filantrópicas; ministros, magistrados, grandes señores, para llorar semejante infortunio; mas ninguno para hacer nada por el perseguido. Lloraron Malesherbes, Lamoignon y Rohan, todos derramaron ardientes lágrimas.

Latude habitaba en Bicetre, durmiendo en el suelo, y ordinariamente comido por la miseria y transido de hambre. Escribió un memorial a no sé qué filántropo, y hubo de enviárselo por conducto de un carcelero ebrio. Lo pierde éste y por fortuna una mujer lo encuentra. Lo leyó tiernamente, y se compadeció del desgraciado, y si bien no lloró entonces, empezó a trabajar por el cautivo.

Hacía aquella mujer lo que varones fuertes y poderosos no habían hecho por su posición oficial.

Era madame Legrós, pobre obrera que vivía de su trabajo, cosiendo en su tienda, y su marido repartidor de sellos y pasante de latín. No vaciló en emprender una lucha terrible y peligrosa, viendo con perfecto buen sentido lo que otros no vieron o no quisieron ver, a saber: que el infeliz Latude no estaba loco, sino que, víctima de una exigencia espantosa de aquel gobierno, se hallaba obligado a ocultar y seguir soportando la ignominia de sus antiguas faltas. Madame Legrós lo comprendió sin equivocarse. ¡No hay heroísmo más completo!

Tuvo valor para comenzar, firmeza para proseguir, obstinación en el sacrificio, todos los días y a todas horas, energía para despreciar las amenazas, e ingenio para burlarse de las calumnias de los tiranos.

Tres años consecutivos persiguió su fin aquella valerosa mujer con admirable constancia en el camino del bien; se mostró firme en la consecución del derecho, de la justicia, y en representar el extraordinario papel de acusador o de juez, vicio que no practicamos nosotros sino inducidos por nuestras torpes pasiones. Todas las desgracias la acompañan y no cede su valor ante ellas. Mueren su padre y su madre; pierde su pequeño comercio; es cruel y villanamente acusada por sus parientes, y todavía le preguntan si es la querida del prisionero ya que tanto se interesa por él.

¡La querida de una sombra, de un cadáver devorado por la *polilla* y la miseria!

Anda por la tentación de las tentaciones, por el camino más espinoso del calvario de las injusticias, de los recelos, y no duda en consumir su sacrificio.

¡Espectáculo grandioso contemplar a una mujer pobre, mal vestida, llamar de puerta en puerta, adular a los criados para ser admitida en las casas, defender su razón ante los grandes e implorar su ayuda!

La policía se indigna y desespera; madame Legrós puede hallarse de un momento a otro, enferma y perdida para siempre. Todo el mundo se lo advierte. El jefe de policía la llama y la amenaza; mas la ve firme, inmutable, y ella es quien hace temblar al inclemente funcionario.

Felizmente le brinda su auxilio madame Duchesne, camarista de la reina, y madame Legrós va a Versalles a pie, en medio del invierno y estando embarazada de siete meses. Su protectora no se encuentra allí; corre tras ella, y madame Duchesne llora mucho, pero ¿qué puede hacer contra los ministros?

El combate es, en efecto, desigual. Tiene en la mano la instancia suplicatoria, y un abate cortesano se la arrebató, añadiendo que ruega por un miserable, y que se humilla pidiendo por él.

Son suficientes tales palabras para tornar frío e indiferente el corazón de María Antonieta, a quien ya se había hablado sobre ello de antemano, y tenía lágrimas en los ojos. Pero todo acabó en juego y broma.

En Francia no había mejor hombre que el rey, y a él se apeló, por último.

El cardenal de Rohan, un pícaro pero caritativo después de todo, habló tres veces a Luis XVI y otras tantas fue desoído. Luis XVI era demasiado bueno para no creer los informes del señor de Sartines, antiguo jefe de policía, y aunque éste no se hallaba en servicio activo, no era razón bastante para deshonrarle y entregarlo a sus enemigos aceptando lo contrario de lo que él proponía.

Sartines, como Luis XVI, necesario es confesarlo, amaba la Bastilla, no quiso contradecirla y menos lastimar su reputación. El rey era humanitario, había suprimido los calabozos del Chatêlet, los de Vicennes, y creado la Forcé para separar a los presos por deudas, de los ladrones.

¡Pero la Bastilla! La Bastilla era un viejo servidor que ni por asomo podía desprestigiar la antigua monarquía. Era un misterio de terror, era, como dice Tácito, *instrumentara regni*.

Cuando el conde de Artois y la reina quisieron representar *Fígaro* y se la leyeron al rey, éste se limitó a decir: "¿Tendremos que suprimir la Bastilla?". Y cuando se verificó la revolución de París de julio de 1789, el rey pareció dispuesto a adoptar una resolución; mas así que le dijeron que el municipio parisiense había determinado la ruina de la Bastilla, la nueva le causó el efecto de un golpe mortal, y le hizo exclamar: "¡Esto sí que es duro!".

El rey no podía acoger positivamente en 1781 una resolución que ponía en riesgo la Bastilla. Rechazó, pues,

cuanto se había hecho en pro de Latude. Dos señoras de la alta sociedad insistieron, y entonces hizo un profundo estudio del caso. Leyó todos los papeles relativos al preso; pero como no tenía a su lado por consejeros más que a los amigos de la policía, éstos conspiraron por conservar en su prisión a Latude hasta que exhalase el postrer suspiro. El rey contestó, por último, que era un hombre peligroso, y que jamás le daría la libertad solicitada con tanta insistencia.

¡Jamás! Y lo que no se hizo entonces con el consentimiento del monarca, pudo hacerse luego a pesar suyo.

Entre tanto, madame Legrós persiste; se acoge a los Condé, siempre descontentos y hostiles; habla al joven duque de Orleans y a su bella y humanitaria esposa, la hija del buen Penthièvre, e invoca a los filósofos, al marqués de Condorcet, secretario perpetuo de la Academia de Ciencias, a Dupaty, a Villette, casi yerno de Voltaire, etc, etc...

No importan los obstáculos. Latude vive aún, madame Legrós se empeña en su libertad, y la perseverancia triunfará al cabo.

Ruge la opinión; cada vez sube más el oleaje. Necker había expulsado a Sartines; su amigo y sucesor Lenoir había caído también a su vez... La perseverancia se verá coronada pronto. Latude se obstina en vivir, y madame Legrós se obstina en liberar a Latude.

Breteuil, favorito de María Antonieta, llega en 1783, y quiere lisonjear a la reina. Logra que madame Legrós sea premiada por su virtud y coronada por la Academia, mas con la singular condición de omitir el motivo de tal coronación.

Se arranca, pues, a Luí XVI en 1784 el decreto de libertad de Latude^[4], y algunas semanas más tarde se publica la magnífica e inesperada orden prohibiendo a los empleados de la Bastilla que encierren a nadie, de no

existir causa fundada, y marcando el tiempo preciso que debería durar la detención.

En una palabra: se descubriría el horrible abismo de la arbitrariedad que por largo tiempo hubo de dominar a Francia, la cual, aunque sabía ya mucho, hubo de saber entones demasiado por propia confesión del gobierno.

No asistió madame Legrós a la ruina de la Bastilla, ya que murió antes; mas no es oportuno arrebatarle la gloria de haber sido ella, sólo ella, la causa de su destrucción. Ella fue quien llevó al sentir público el odio, el horror a la prisión, nombrada sarcásticamente del *Buen placer*, esa cárcel sombría y cavernosa, que guardara tantos mártires del pensamiento o de la fe.

El brazo aislado, débil, de una mujer, destruyó, en verdad, la terrible fortaleza, arrancó de sus cimientos, aniquiló sus macizos cerrojos y pulverizó sus soberbias torres.